



Capítulo 647: Regreso a casa

El círculo mágico se cerró detrás de ellos con un suspiro bajo, como si el espacio mismo se sintiera aliviado de liberar esa tensión acumulada.

El aire se movió.

No había viento cortante, ni presión divina, ni nubes interminables bajo sus pies. Sólo el olor familiar del hogar—piedra antigua, madera calentada, magia doméstica estabilizada. Un lugar vivo, habitado y seguro.

Vergil apenas tuvo tiempo de ajustar a Níðhögg en su hombro.

"KATH—!"

No terminó la palabra.



Katharina fue la primera en aparecer, corriendo por el pasillo como un proyectil desbocado. Sus pies apenas tocaron el suelo antes de saltar, sus brazos se envolvieron alrededor de su cuello con suficiente fuerza como para casi derribarlo.

"¡DESAPARECISTE!" Ella protestó, enterrando su rostro en su hombro.
"¡Maldito marido! ¡Avísame cuando salgas! ¡¡¡SIMPLEMENTE DESAPARECISTE EN EL AIRE!!!"

"¿Desaparecido?" Vergil preguntó, tratando de mantener el equilibrio.

"SÍ, TU HORRIBLE MARIDO DESAPARECIÓ!" ella respondió haciendo pucheros.



Demasiado tarde.

Roxanne vino justo después—menos impulsiva, pero no menos decidida. Ella no saltó... simplemente lo abrazó fuerte, con sus brazos alrededor de su cintura como si se asegurara de que todavía fuera real.

"Te extrañamos", dijo suavemente. Allí no había drama. Solo es verdad. "¡Hijo horrible!" Ella dijo, imitando a Katharina.

Vergil dejó escapar un suspiro con media risa, medio suspiro, una mano aterrizó instintivamente sobre la cabeza de Katharina y la otra descansó sobre la espalda de Roxanne.



"Yo también te extrañé", respondió honestamente. "Y soy un gran marido, deja de ser dramático."

"Te tomaste tu tiempo." Dijo Ada, abrazándolo por detrás. "No te tomes tu tiempo..." Ella hablaba dulce y tímidamente, ni siquiera parecía Ada. "Te extrañé... mucho..."

Fue entonces cuando notó el silencio.

No el silencio cómodo. El otro.

El zafiro todavía estaba allí.

Katharina levantó la cara, sus ojos todavía brillaban de emoción... y se encontró con la mirada de su madre.



El mundo se desaceleró.

Zafiro se detuvo a unos pasos del círculo mágico. Su postura era recta, impecable como siempre—pero había algo diferente. Un detalle casi invisible. Sus hombros demasiado rígidos. Sus manos estaban demasiado relajadas a los costados.

Madre e hija se miraron fijamente.

No se pronunciaron palabras.

Ninguno tenía por qué serlo.

Katharina no se movió. El abrazo con Virgilio se aflojó, pero no se disolvió. Su sonrisa desapareció lentamente, reemplazada por una expresión cautelosa y cerrada, como la de alguien que no sabía si avanzar o retroceder.

Zafiro tampoco sonrió.

Ella no frunció el ceño.

Ella no mostró enojo.

Ella simplemente miró.

Una mirada profunda y silenciosa, cargada de cosas que nunca se habían dicho—y tal vez nunca se dirían.

Virgilio lo sintió.



Sintió el peso en el aire. El cambio abrupto de atmósfera. La tensión que no surgió del poder, sino de la historia.

Roxanne también lo notó. Su abrazo se aflojó discretamente, su mirada pasó de Katharina a Safira, luego a Vergil, tratando de comprender lo que no se decía.

Safira fue la primera en romper el contacto visual.

Ella miró hacia otro lado.

No en la derrota.

En decisión.



Sin decir una sola palabra, Safira se giró y comenzó a salir de la habitación. Sus pasos eran silenciosos, controlados, como siempre—pero había algo definitivo en ellos. Como una puerta que se cierra sin cerrarse de golpe.

Katharina no la llamó.

Ella no se movió.

Ella simplemente vio a su madre alejarse hasta que desapareció por el pasillo adyacente.

El silencio que quedó fue... cruel.



Vergil sintió que el cuerpo de Katharina se endurecía ligeramente contra el suyo.

Roxanne se aclaró la garganta incómodamente. "...Les... haré saber a los demás que has vuelto", dijo, soltando con cuidado el abrazo. "Antes de que alguien se desmaye de miedo."

"Le diré a mi madre que has vuelto", dijo Ada.

Echó una última mirada a Katharina y dio un paso atrás, dándoles espacio.

Virgilio permaneció allí.

Katharina finalmente soltó los brazos.

Ella no se movió muy lejos. Simplemente dio un paso atrás y bajó la mirada por un momento.

"...Ni siquiera me habló", murmuró.

Vergil no respondió de inmediato.

Apoyó cuidadosamente a Níðhögg contra la pared, asegurándose de que el arma permaneciera en silencio y respetuosa. Sólo entonces se bajó ligeramente, alcanzando su nivel.

"Ella te vio," dijo con cuidado. "Eso ya significa más de lo que parece."

Katharina se rió sin humor.



"Ella siempre ve," ella respondió. "Ella simplemente nunca se queda." El comentario no fue acusatorio. Estaba cansado.

Vergil sintió una punzada en el pecho. "¿Quieres que vaya a hablar con ella?" Él preguntó.

Katharina dudó. "...No," finalmente lo dijo. "Seguimos... peleando... no tiene sentido hablar si ella no quiere..."

Respiró profundamente, enderezó los hombros y trató de recuperar algo de compostura.

"Pero regresaste", añadió, mirándolo de nuevo. "Eso cuenta."

Vergil asintió.

"Cuenta," confirmó.

Por un momento, permanecieron allí en silencio —no incómodos, pero pesados. Un silencio de problemas sin resolver que nadie sabía exactamente cómo solucionar.

A lo lejos, los pasos resonaban. Voces. La casa vuelve lentamente a la vida.

Vergil lanzó una última mirada en la dirección que había tomado Safira.

Él no la siguió.



Todavía no.

Algunas distancias no se pueden recorrer corriendo.

'Tendré que hacer que se reconcilien...' Vergil pensó con un suspiro y luego abrazó a Katharina nuevamente.

Virgilio exhaló lentamente, como si aceptara un peso inevitable.

Abrazó a Katharina nuevamente, esta vez con más firmeza, con un brazo alrededor de sus hombros, acercándola a su pecho. No fue un gesto posesivo—fue protector. Estable. Presente.

"Escucha," dijo suavemente, lo suficientemente fuerte para que sólo ella pudiera oírlo. "Tendré que prepararme para el Torneo Celestial."



Katharina se puso rígida por un momento. Ella ya sabía lo que eso significaba. Riesgo. Dioses. Cosas que nunca fueron sencillas.

Pero antes de que pudiera responder, Vergil continuó:

"Pero antes de eso," añadió, con la voz más suave, "te voy a ayudar con tu madre."

Ella levantó lentamente la cara.

"No es necesario—"



"Quiero," la interrumpió, sin dureza. Solo convención. "Y no porque piense que estás equivocado. Ni porque piense que tiene razón."

Katharina tragó fuerte.

Virgilio le llevó una mano a la cabeza, sus dedos recorrieron cuidadosamente su cabello, un gesto casi automático —demasiado familiar para ser ensayado.

"Ustedes dos son malos para decir lo que sienten", continuó. "Cada uno a su manera. Y alguien tendrá que sentarse en el medio hasta que esto explote."

Dejó escapar una risa débil y algo triste.

"¿Entonces depende de ti?"

"Así parece", respondió con un dejo de sonrisa. "Me he enfrentado a cosas peores." freewebnovel.com

Katharina permaneció en silencio durante unos segundos. Su mirada vagó por el pasillo donde había desaparecido Zafiro y luego regresó a Virgilio.

"...Ella nunca se disculpa," murmuró. "Nunca."

Vergil asintió lentamente.

"Lo sé."

"Y cuando intento hablar, siento como si estuviera hablando con una pared."



"Yo también lo sé."

Ella frunció el ceño.

"Entonces ¿por qué piensas eso—"

Vergil se inclinó ligeramente y le besó la frente.

Fue un gesto sencillo.

Pero efectivo.

Katharina se quedó congelada por un segundo —sorprendida— antes de relajarse, con los hombros hundidos como si algo dentro de ella finalmente hubiera perdido su fuerza.



"Porque alguien necesita recordarles a ustedes dos," dijo suavemente, "que no están en lados opuestos."

Cerró los ojos por un momento.

"Todo estará bien," Vergil terminó. No como una promesa vacía. Como decisión. "No dejaré que las cosas sigan como están."

Katharina respiró profundamente.

Cuando abrió los ojos, todavía estaban húmedos—pero más firmes.



"...Lo dices como si fuera fácil", murmuró.

"No lo es", respondió. "Pero es necesario."

Ella asintió lentamente.

Luego, en un gesto silencioso, apoyó su frente contra su pecho por un momento, lo suficiente para recomponerse.

Virgilio permaneció allí. Él no se apresuró. Él no presionó.

Cuando ella se apartó, había algo diferente en su postura. No resuelto—pero sostenido.

"Está bien", dijo finalmente. "Pero si ella te echa—"

"Me han echado de lugares peores", interrumpió con una media sonrisa.

Ella resopló, casi riendo.

A lo lejos, la casa seguía viva. Voces cruzadas, pasos resonados, puertas abiertas y cerradas. La normalidad intenta afirmarse una vez más.

Vergil recogió a Níðhögg y lo apoyó sobre su hombro, sintiendo el peso familiar del arma—silencioso, comedido, respetuoso en ese momento.



Echó una última mirada al pasillo vacío. "Veré a los demás y luego vendré a mi habitación esta noche." Vergil le dijo a Katharina mientras comenzaba a caminar.

Vergil caminó por el pasillo hacia la cocina, los sonidos de la casa llenando los espacios vacíos —cubiertos dispuestos, una olla burbujeando suavemente, el discreto crujido del fuego debajo de la estufa.

El olor a comida caliente lo golpeó primero.

Luego, la vista.

Viviane estaba de espaldas a él, concentrada en lo que estaba haciendo. La luz amarillenta de la habitación delineaba suavemente su silueta, reflejándose en la tela bien ajustada del uniforme que vestía —demasiado prolífica para ser meramente funcional, demasiado familiar para ser ignorada.

Vergil se detuvo un segundo en la puerta.

Esa escena era sencilla.

Y, por esa misma razón, peligroso.

Se acercó en silencio y envolvió sus brazos alrededor de su cintura desde atrás, un abrazo firme y familiar. No había prisa, ni urgencia—sólo presencia. Vergil inclinó su rostro y le dio un ligero beso en el cuello, prolongándose lo suficiente como para hacerla estremecer de sorpresa.

Viviane dejó escapar un pequeño suspiro involuntario.



"Virgilio..." murmuró, y el nombre salió más como una reacción que como una palabra.

Se giró rápidamente, todavía con las manos apoyadas en el mostrador, y antes de que pudiera decir nada más, ya estaba agarrando su cuello, llevándolo a un beso directo y caliente, lleno de anhelo acumulado.

No había ninguna urgencia.

Hubo reencuentro.

Cuando se apartó lo suficiente para respirar, sus ojos brillaron —no juguetonamente, sino con alivio.

"Te tomaste tu tiempo", dijo ella, apoyando su frente contra la de él. Su voz era baja, íntima. "La casa se sentía... extraña sin ti."

Virgilio sonrió levemente, con una mano levantándose hacia su rostro y su pulgar rozando suavemente su mejilla.

"Lo sé", respondió. "Yo también lo sentí."

Viviane respiró profundamente, como si recién ahora creyera que él realmente estaba allí. Sus brazos se cerraron nuevamente a su alrededor, esta vez en un abrazo más tranquilo y prolongado.

"Te extrañé", admitió. No hubo ninguna provocación. Solo sinceridad.

Vergil apoyó su barbilla sobre la parte superior de su cabeza por un momento.



"Estoy de vuelta", dijo. "Y tengo la intención de quedarme tanto tiempo como pueda."

Ella sonrió contra su pecho antes de alejarse ligeramente, recordando la estufa. Apagó el fuego con cuidado, pero mantuvo una mano sobre la de él, como si no quisiera romper el contacto.

"Entonces quédate aquí conmigo un rato," preguntó. "Aunque sea sólo eso."

